

# LA HUMANIZACIÓN DE LOS CUIDADOS ENFERMEROS LUCHANDO CONTRA LA GUERRA

## Resumen

Relatamos la experiencia de enfermeras de la Unidad de Oncohematología Infantil del Hospital General Universitario Gregorio Marañón de Madrid al enfrentar la situación de tener que recoger a pacientes pediátricos que sufrían de diversas patologías, incluyendo cáncer, y que habían tenido que huir de un país en guerra. Las enfermeras se ofrecieron voluntariamente para llevar a cabo esta tarea y, a pesar de las dificultades, lograron llevar a los pacientes y sus familias a España para que pudieran recibir los tratamientos necesarios. La experiencia fue dura pero gratificante, ya que pudieron ayudar a personas vulnerables en una situación de extrema dificultad. Destacando la importancia de humanizar los cuidados enfermeros y de prestar atención tanto a las necesidades físicas como emocionales de los pacientes y sus familias.

PALABRAS CLAVE: Guerra; enfermería; cáncer; humanización de los cuidados.

## Summary

We describe the experiences of nurses working in the Pediatric Oncohematology Unit at the Gregorio Marañón University General Hospital in Madrid. The unit cares for children with cancer and hematological diseases, many of whom have fled from war-torn countries in search of treatment. The article highlights the challenges of caring for these vulnerable patients, as well as the satisfaction and sense of purpose that comes from working with them. The nurses recount their experiences traveling to war zones to retrieve patients and their families, and describe the difficulties and emotional toll of such trips. The article emphasizes the importance of humanizing nursing care and creating a sense of community among healthcare professionals working towards a common goal of helping these children and families.

KEYWORDS: War; Nursing; cancer; humanization of care.

## Introducción

Desde hace unos meses, en la Unidad de Oncohematología Infantil del Hospital General Universitario Gregorio Marañón de Madrid, nos hemos visto inmersos en un desafío que nunca hubiésemos deseado, pero una vez sumidos en el mismo, no hemos dudado en ningún momento que podríamos con ello y lo sacaríamos adelante, con toda la profesionalidad y prestigio que nos caracteriza, sin olvidar el cariño que ponemos siempre.

Trabajar en nuestra Unidad es muy especial, tanto por el tipo de paciente, como por sus familias y todo lo que les rodea, para nosotros esto es un núcleo indivisible.

Cuando decimos que es especial, nos referimos fundamentalmente a que nos brinda una oportunidad para generar una diferencia significativa en la vida de estos niños, niñas y sus familias. Los pacientes pediátricos que están luchando contra el cáncer o alguna enfermedad hematológica, a menudo se enfrentan a desafíos emocionales y físicos. Trabajar con ellos puede dar un sentido de propósito y significado en nuestro trabajo.

Nuestros pacientes son trasplantados de médula, sufren algún tipo de leucemia y/o tumores diversos. Todos ellos tienen tratamientos complejos e indispensables para continuar viviendo.

Además, trabajar con niños con estas patologías, nos proporciona una satisfacción personal plena al ver su valentía, resiliencia y determinación para superar la enfermedad. Somos testigos de su espíritu de lucha y su capacidad para encontrar la felicidad en situaciones difíciles.

Trabajar en esta Unidad también es muy enriquecedor debido al sentido de comunidad que se desarrolla en los equipos sanitarios que trabajan juntos para ayudar a estos niños, nutriéndonos unos de los otros por un bien mayor y común.

Como se puede intuir por lo señalado, nuestro trabajo es muy agradecido. Cualquier niño, niña y sus familias resultan muy vulnerables ante una enfermedad de estas características, pero si a esto le añadimos la situación de haber tenido que huir de un país en guerra, donde cualquier posibilidad de tratamiento médico ha dejado de existir, convierte a éstos en personas mucho más indefensas y, no solo por la necesidad de recibir un tratamiento, sino por encontrarse desarraigadas y con la incertidumbre de lo que les deparará el futuro.

## Cómo empezó todo

Hacía frío y en las noticias informaban de una guerra que estallaba en los confines de Europa. Todo empezó así. Nosotros no podíamos hacernos una idea de lo que nos quedaba por delante. Jamás pensamos que nos veríamos inmersos en una historia bélica. No se entiende que esto suceda hoy en día, una vivencia que nos ha dejado marcados para siempre. Estamos paralizados y desubicados, siempre deseando huir de la rutina y hoy dando gracias por tenerla.

En nuestra Unidad, a través de la Jefa del Servicio del Oncohematología Infantil, buscaban voluntarios para ir a recoger a pacientes pediátricos (junto a algún acompañante adulto) que estaban siendo tratados en su país de patologías varias, procesos oncológicos entre ellas, para traerlos a nuestro Hospital y otros hospitales de la Comunidad de Madrid, donde seguirían con sus tratamientos y recibiendo los cuidados que precisaran.

No podemos evitar pensar en cómo se sentirán esas familias, los padres y madres de esos niños ya sufren bastante por la enfermedad con la que conviven y ahora se suma esta desgracia de calibre incalculable. Nos advirtieron de cómo se iba a desarrollar la logística de los traslados, sería duro, una contrarreloj, pero sabían que podían contar con nosotros.

En el Hospital se montó un revuelo terrible, conectados casi a tiempo real con nuestros teléfonos móviles para no perder detalle de lo que pasaba en el país en guerra, siguiendo la última hora. Nos dijimos "si necesitan enfermeras voluntarias nos ponemos manos a la obra" y rápidamente miramos planillas, cambiamos libres y turnos entre compañeros y en pocas horas salieron los elegidos.

A la mañana siguiente, sin casi haber digerido a lo que nos enfrentábamos, llegamos puntuales a la Base Aérea de Torrejón de Ardoz, lugar desde el que nos trasladaron por carretera hasta la Base Aérea de Zaragoza. Allí pernoctamos (muchos intentamos dormir, pero pocos lo lograron) y el mismo frío con que se había iniciado la guerra nos despedía a las cuatro de la mañana con esperanza. Estábamos deseosos de continuar con nuestra labor, y partimos rumbo a un país colindante al conflicto armado.

Durante el vuelo, en aquel inhóspito avión medicalizado del Ejército Español, el silencio asustaba, no necesitábamos hablar para saber lo que sentíamos cada uno, los rostros dejaban ver la incertidumbre que sentíamos por dentro. Horas después esos mismos rostros, de semblante serio, se convertirían en profesionalidad, empatía, mucho cariño y calor humano.

Una vez aterrizado el avión, nos esperaban en el aeropuerto los niños y sus familias de aquellos que anteriormente habían pasado un triaje y se encontraban aptos para

viajar con nosotros de vuelta a Madrid. Fue muy duro dejar allí a niños que necesitaban hospitalización o recibir un tratamiento médico, pero por su tipo de patología no podían ser trasladados en avión.

Todo en aquel aeropuerto era gélido. Teníamos que comunicarnos con la ayuda de dos traductoras que nos acompañaban en el viaje. Ellos estaban asustados y tristes, nosotros queríamos darles esperanza y confianza, incluso con la dificultad de la barrera idiomática lo conseguimos... ¡Qué importante es la humanización de los cuidados en nuestra profesión!

En el viaje de vuelta con los niños, tuvimos que sacar lo mejor de nosotros y aprender nuevas profesiones, convirtiéndonos por unas horas en bailarinas, cantantes, payasos... Lo dimos todo por sacarles una sonrisa y oye, ¡lo conseguimos! Por supuesto, todo esto sin olvidar que somos enfermeras y tuvimos que mantener a los niños estables clínicamente, así como atender a varias mamás con crisis de ansiedad. Toda una "montaña rusa" de emociones.

El aterrizaje en España estuvo cubierto por un mar de lágrimas. Las más de cien personas que íbamos en ese avión lloramos a lágrima viva, no sabría decir si de emoción, pena, alegría, nervios o quizá una mezcla de todas estas, sumándole la incertidumbre. Para nosotros habían finalizado las veinticuatro horas más intensas de nuestra vida, para ellos comenzaba una nueva etapa en la que no los dejaríamos solos, ahí íbamos a estar para acompañarlos durante todo el proceso.

### En la Unidad

En nuestra planta, que por cierto es muy bonita, ambientada en el espacio, con las constelaciones brillando en las paredes y habitaciones que simulan ser una nave espacial, acogimos inicialmente a dos pacientes que precisaban estar hospitalizados nada más llegar a Madrid. Un niño de tres años que vino con su hermana de cuatro y sus padres, y otro pequeño de dos años que venía con su madre.

El primero tiene Leucemia y aquí continúa con su tratamiento bajo el criterio de nuestros Oncólogos. El segundo estaba recién trasplantado de médula, necesitó estar aislado y continuar con los cuidados post-trasplante.

Días más tarde ingresarían en la planta dos niños más. Uno de ellos tiene tres años y lo acompañan sus padres y su hermana de cinco años y tiene que recibir un tratamiento de quimioterapia con el que tratar la Leucemia que padece.

El otro niño tiene seis años y vino con su madre y su abuela. Tiene un tumor cerebral, y aunque los planes eran que fuera a Francia a recibir un tratamiento experimental, el

día antes de volar empeoró, convulsionó y desde entonces solamente podemos tratarlo con cuidados paliativos, fundamentalmente aliviar el fuerte dolor de cabeza que tiene para que en la medida de lo posible pueda disfrutar de pequeños paseos en su silla de ruedas por el parque que hay al lado de nuestro hospital.

Con él vivimos una de las escenas más dolorosas que nos ha dejado todo esto. Fue el día que las Oncólogas entraron al despacho con la madre, la abuela y también con una traductora, para comunicarles que ya no había nada más que hacer en cuanto a tratamiento curativo. El llanto desgarrador de esa madre se transformó en lágrimas que salían silenciosas de nuestros ojos. No olvidaremos nunca la mirada de esos ojos azules buscando un gesto de consuelo. Qué duro es siempre recibir esta noticia, pero imaginad hacerlo a miles de kilómetros de tu familia, mientras tu hogar está siendo bombardeado.

Este pequeño sigue paseando por el Parque del Retiro en Madrid, muy cerca de la casa donde viven. En uno de sus ingresos quiso tener un detalle muy bonito con una de las enfermeras con la que tiene un vínculo especial. Ella siempre que entraba a tomarle las constantes y a ponerle analgesia intravenosa, aprovechaba para jugar a los coches de juguete con él. Tiene una caja de plástico enorme, llena hasta arriba de todo tipo de cochecitos y la mamá nos contó que son su bien más preciado; en el avión no soltó esa caja en ningún momento.

Por el avance de su enfermedad el niño no habla, pero sus ojos lo dicen todo. Esos ojos tan azules y esa risa al interactuar con su enfermera... Basta con sentir esa sensación para saber qué es la felicidad. Cuando se estaba despidiendo la enfermera para salir de la habitación, el niño agarró su mano, señaló a la mamá su caja y con un gesto le dijo que la pusiera a su lado, entonces metió la mano y buscó una furgoneta muy concreta. Abrió la mano de la enfermera y la puso dentro. Era su forma de agradecer, quizá de decir te quiero, pero la furgoneta que había sido su cochecito favorito, pasó a ser un verdadero tesoro para ella enfermera. Un escalofrío recorrió su cuerpo y no pudo evitar derramar unas lagrimillas de emoción. Guardó su regalo en el bolsillo del uniforme, atravesó la puerta de esa habitación y continuó con su trabajo convencida, una vez más, de que se dedica a la profesión más bonita del mundo.

## Conclusión

Nos contaron que cuando estalló la guerra se encontraban en su hospital y al comenzar los bombardeos tuvieron que acompañarlos a los sótanos, allí el personal sanitario los siguió atendiendo y acompañando, hasta el mismo día que salieron para montar en el avión que los traería hacia España.

Vivimos con ellos multitud de anécdotas. Al principio estaban muy asustados, la barrera idiomática parecía difícil de superar, pero con las aplicaciones de traducción descargadas en nuestros teléfonos móviles y la sonrisa que dejamos intuir tras las mascarillas, conseguimos entendernos y una mirada la convertimos en lenguaje universal. Si nos hubiesen dicho que sin palabras seríamos capaces de entender y de sentir tanto, quizá nunca lo hubiésemos creído.

Los pequeños viven alegres su día a día. No hablar español no les impidió crear un vínculo muy especial con las enfermeras que los tratamos y acompañamos cada día. Algunos fueron tratados y dados de alta, aunque acuden a revisiones o a recibir los tratamientos, buscando todos que tengan una vida lo más normal posible.

Cada uno de ellos tiene su propia historia, pero entre ellos comparten infinidad de similitudes. La maldita guerra ha querido poner aún más dificultad en el proceso de enfermedad de estos pequeños, haciéndolos más vulnerables a la vez que más fuertes, pero lo que no sabíamos es que ese mismo proceso de vulnerabilidad y fortaleza, también lo experimentaríamos los sanitarios.